

Bulwer

REVISTA ROMANA

SUMARIO



La Virgen del Auxilio (fotograbado).—
 En la Asunción de la Virgen, por *Fr. Gonzalo de Benejama*.—Mundo católico. Jornadas de Prensa, por *Martín D'Aymer*.—
 La pesadumbre de un pasado de gloria, por *Marcelino Menéndez Pelayo*.—El Rosario (poesia), por *E. Saavedra L., Pbro.*—
 Los grandes silencios, por *Adolfo de Sandoval*.—La Caja de Caudales, por *Pierre L'Ermite*.—La organización en la Acción Católica.—«Pro Deo». La primera base de la Sociedad, por *G. N.*—Chaseo ejemplar.—Al pie del Monte Carmelo (poesia), por *M.^a de los Dolores Garcia Gómez*.—Testimonios, por *Chastanet*.—
 Teatros y Cines, por *E. Abril*.—Año Mariano, por *El Peregrino de María*.—Lauda Jerusalem Dominum, por *María de Echarrí*.—De la acción católica en el mundo. Jerusalén. Lourdes. Roma, por *J. Polo Benito*.—El Corpus en Algeciras, por *M. D. R.*—El recuerdo de Dios al principio del Día, por *Alfonso M.^a Gubianas, O. S. B.*—Virtud social, por *B. Ibeas*.—
 Transfiguración, (poesia), por *Jaime Cortés Sazatornil*.—Bibliografía.

AÑO XIII

NÚMERO 144

Córdoba y Agosto de 1935

Imprenta «El Defensor» Ambrosio de Morales, 6,



El vigor y pujanza del antiguo gladiador puede adquirirse con el famoso Jarabe de

HIPOFOSFITOS SALUD

Si usted carece de apetito y siente envejecimiento prematuro, tome este enérgico reconstituyente, aprobado por la Academia de Medicina para combatir con éxito seguro:

LAXANTE SALUD

El más suave y eficaz contra estreñimiento y bilis.

Grageas en cajitas. Pídense en farmacias.

**INAPETENCIA
NEURASTENIA
DESNUTRICION
AGOTAMIENTO**

Puede tomarlo en todas las épocas del año, pues es inalterable.

No se vende a granel.

Obras del Padre Alberto Risco, S. J.

	Pesetas		Pesetas
Paso a Paso (novela)	2	La Escuadra 'del Almirante Cervera (historia amena)	4'50
Mariela (novela).	5	Amor de madre (poesías)	2
Emigración (novela).	2'50	P. Pascual Cervera y Topete (biografía)	18
Los que triunfan (novela).	5	P. Juan de la Cruz Granero (biografía)	4
Los Rebeldes (novela).	2	P. Francisco de P. Tarín (biografía)	6
Mil hombres (historia amena).	5'50	Historia de la Literatura (compendio)	3
Flores silvestres (novela).	5		
Tristes y alegres (cuentos)	2		
Los dos amores (cuento)	0'75		
Cinco visitas (cuento)	0'50		
Juan de la Tierra (historia amena)	4		

De venta. en la Redacción del periódico «Razón y Fe», Plaza de Santo Domingo, 14, Madrid.

Revista Mariana

PUBLICACIÓN MENSUAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Dedicada a fomentar la devoción á la Santisima Virgen

AÑO XIII

CÓRDOBA Y AGOSTO DE 1935

Núm. 144



La Virgen del Auxilio

que se venera en la Ermita del Colodro

En la Asunción de la Virgen

—=—

A los innumerables motivos de júbilo que tenemos en todas las festividades de la Virgen Nuestra Señora, añádesse en la de su Asunción gloriosa a los cielos el de ver confirmados por la Santísima Trinidad, y ante la Corte celestial, los incomparables privilegios de la Santa Madre de Dios.

En este día parécenos oír exclamar a los ángeles, ante la veneración del mundo, lo que pregonaba el heraldo de los homenajes tributados a Mardoqueo: «De tal honor es digna Aquella a quien el Rey quiere honrar». Y atribuyendo a María lo que de Sí mismo afirmó Jesús, vemos como en Ella se cumple también el vaticinio evangélico: «Cuando yo fuere levantada gloriosamente de la tierra, todas las cosas que en el cielo y en la tierra existen las atraeré a mí y me honrarán y me llamarán bienaventurada». Es en este sublime misterio cuando se firman y rubrican las cosas grandes que en María ha hecho el que es Todopoderoso, promulgándolas para que permanezcan grabadas en el corazón de las generaciones de los siglos.

Diríase que Dios, no contento con las maravillas obradas en su Madre, quiere, últimamente, encerrarlas en una que fuera como cifra de todas ellas y confirmación solemne de cuanto hasta entonces había realizado.

La concepción de María es inmaculada, y por tanto, en aquel primer instante queda dominado el poder del infierno; la muerte de María está exenta de las naturales tristezas y agonías que horriblemente torturan los últimos momentos de todos los mortales, es el más dulce de los sueños del más puro e inefable de los amores, de suerte que si en aquél pudo esta privilegiada criatura exclamar: «el Señor omnipotente me rodeó de fortaleza», ahora

en este postrer momento, le es dado encararse con la muerte y decirle: ¿dónde está tu victoria? El nacimiento de María es, cual la aurora, refulgente y jubiloso, todo en él respira alegría que inunda al universo mundo; la resurrección de la Virgen, sin haber pasado por la corrupción del sepulcro, es causa de la admiración de los ángeles que se preguntan atónitos: ¿quién es esta que se levanta resplandeciente como aurora, y es hermosa como la luna y elegida como el sol y terrible como ejército apercebido para el combate? La vida de María es una finísima tela con prodigios y carismas divinos tejida en la que aparecen estampadas la majestad, la belleza y la caridad de Dios; la Asunción de la Virgen a los cielos, para ser allí coronada como Emperatriz de la gloria, es como el día eterno de las eternas e inefables recompensas y glorificaciones que hacen exclamar a la agraciada: «Hoy es engrandecida mi alma incomparablemente más que en todos los días de mi vida».

Es también la Asunción como la última y necesaria consecuencia de los privilegios de María. Porque si la muerte entró en el mundo por el pecado, y sin pecado vino al mundo la Virgen, justo es que la bendita entre las mujeres salga del mundo sin experimentar las consecuencias de la muerte. Y si en la tierra ha tenido María la dicha de estar siempre con Jesús Redentor, en Belén, en el Templo, en Nazaret, en el Calvario, ha de estar también en el cielo junto al Glorificador. Y habiéndosele consedido por gracia a la Madre lo que el Hijo tiene por naturaleza, y Jesucristo «subió a los cielos y está sentado a la diestra de Dios Padre», ha de ser la Virgen llevada por los coros de los ángeles al cielo para gozar de las prerrogativas de Reina a la diestra de Dios Hijo. «Si la divina María—dice Bosuet—recibió en otro tiempo a Jesús Salvador, es

justo que, a su vez, el Salvador recibiera a la feliz María».

Confesemos, pues en esta festividad llenos de júbilo, con San Agustín, que si la muerte de los justos resulta preciosa a los ojos de Dios, ciertamente la de María es preciosísima en la divina presencia; y digamos con el mismo Santo, que dejando María muy por debajo a todos los santos y ángeles, fué elevada hasta el trono del Rey sumo; y alegrémonos al pensar, con San Bernardo, que el trono de la Madre del Rey está colocado a la derecha del mismo Rey de la gloria. Con razón la Santa Iglesia nos convida a la alegría: «Regocijémonos—dice—regocijémonos todos en el Señor, celebrando este día de fiesta en honor y gloria de la Beatísima Virgen María». Alegrémonos por la exaltación de nuestra Reina y por los beneficios que de ella nos vienen como de fuente caudalosa.

Porque si nunca estuvo ociosa la Virgen Nuestra Señora, y siempre, mientras permaneció en la tierra, fueron sus manos como ríos de bendiciones en favor de los menesterosos hijos de Eva, desde que subió a los cielos y está sentada a la diestra de su Hijo, la solicitud y misericordias por los desterrados en este valle de lágrimas no tiene límites, y emplea todo su valimiento en enjugar las lágrimas de los que aquí quedamos gimiendo y suspirando.

Regocijémonos, pues, al ver tan encumbrada a nuestra Reina. Y con la mayor veneración, con el más cordial entusiasmo, con el más rendido y filial amor, acudamos al trono de gloria y de misericordia de María. Es nuestra Madre, y por tanto, se compadecerá de nuestras miserias. Digámosla con humildad: ¡Así, Madre, como nos ves, nos ha dejado el demonio, a tal extremo nos han llevado la ignorancia y la debilidad nuestra; socórrenos, pues eres omnipotente en la súplica! Es Madre de Dios, y por lo mismo, tiene

en sus manos la llave de los tesoros divinos.

Regocijémonos en la exaltación de María y en el provecho que de ella nos proviene. Mas no olvidemos la obligación que tenemos de copiar en nosotros las virtudes que brillan en la Virgen. Si es nuestra Reina y nuestra Madre, es también nuestro modelo; y si como a Reina le debemos vasallaje y como a Madre, amor; como dechado y modelo de virtudes pide que tratemos de imitarla, sobre todo en las que resplandecen con singulares destellos en su Asunción gloriosa; la humildad y la caridad. Porque se humilló tanto María, porque descendió hasta el punto de llamarse esclava, fué elevada hasta el cielo y proclamada allí Reina; porque amó a Dios cual ninguna otra criatura y nadie mejor que Ella pudo exclamar: rodeadme de flores y fortalecedme con manzanas porque desfallezco de amor, escuchó la voz del Amado que a Ella, la única, la escogida entre millares, la decía: Ven esposa mía, amada mía, ven y serás coronada.

La humildad y la caridad, son las virtudes del esclavo. Con semejantes alas podremos correr tras el aroma de las virtudes de María. Ellas nos granjearán la dicha inestimable de servir aquí a la Reina de cielos y tierra y de gozar de Dios con Ella en la gloria.

FR. GONZALO DE BENEJAMA

La Virgen del Auxilio

En la ermita de los Santos Patronos, llamada del Colodro, se venera en altar propio una imagen de la Santísima Virgen con el título de la Virgen del Auxilio.

Según Ramírez de Arellano tuvo hermandad, que desapareció a fines del siglo XVIII.

Mundo católico

Jornadas de Prensa

No es necesario ponderar la importancia de la Prensa ni la influencia que ejerce en todas las clases sociales. El hombre piensa como el diario que lee. Por lo tanto, si lee un diario católico, piensa en católico; si lee un diario neutro piensa en neutro y no es posible contar con él para ninguna obra generosa; si lee un diario ateo o anticlerical no podrá oír hablar de Dios ni de su Iglesia, es su enemigo declarado.

De ahí la necesidad de propagar la Prensa católica y de trabajar para que el diario católico entre en aquellas casas cuyas puertas le están cerradas por una pasividad anquilosante o por un sectarismo que se alimenta de odios.

La Casa de la Buena Prensa de París, que puede servirnos de modelo en muchas cosas, nos da también el ejemplo de la organización de su propaganda, cuyos resultados no pueden ser más halagüeños.

Tomemos como caso concreto su actuación propagandista durante el mes pasado. La diócesis de Angers fué el terreno preparado para la buena semilla. En cinco fiestas consecutivas el R. Merklen, redactor jefe de «La Croix», visitó cada uno de los cinco arciprestazgos de la diócesis y en cada uno de ellos se celebraron importantes actos que habían de producir necesariamente sazonados frutos.

El domingo anterior se distribuían en todas las parroquias del arciprestazgo impresos anunciando la jornada e invitando a los fieles a asistir a sus actos. Particularmente se invitaba a los sacerdotes, a los amigos de la Casa de la Buena Prensa, a los propagandistas y católicos más destacados.

El día señalado para la jornada eran muchos los fieles de las diversas parroquias que acudían a la capital del arciprestazgo para participar de la misma.

A primera hora de la mañana tenía lugar una fiesta religiosa en el templo arciprestal.

Después del desayuno empezaba la jornada de propaganda. Primero se celebraba una sesión de estudio destinada principalmente a los sacerdotes, a los propagandistas y a los elementos directivos de las asociaciones parroquiales piadosas y de acción católica.

El trabajo de esta sesión es altamente interesante y tiene un doble objeto. Por una parte se estudian la clase de periódicos que tiene más aceptación en cada pueblo y los medios particulares más adecuados para introducir y propagar en ellos el diario católico y por otra se exponen las deficiencias que los concurrentes puedan encontrar en el mismo. De esta forma la redacción del diario, mediante su redactor jefe, se pone en contacto directo con el pueblo y conoce perfectamente el concepto que su trabajo merece a sus lectores, los defectos que debe corregir y las iniciativas que debe impulsar.

Ocurre a veces que la redacción cree cumplir con su cometido a la perfección y no obstante los lectores no están satisfechos de su diario. Por esto creemos que este intercambio de impresiones ha de ser excepcionalmente útil al diario católico y que del mismo pueden derivarse iniciativas altamente provechosas.

El segundo acto se dedica a organización. Los elementos directivos son los únicos que asisten a esta reunión presididos por el ilustre periodista. Se sugieren ideas para la mayor eficacia de la propaganda. Se distribuye el trabajo. Se nombran comisiones.

Se puede decir que en esta segunda

sesión es donde se hace el trabajo más provechoso. Las comisiones y juntas que allí se nombran son los que a su vez han de hacer repercutir por los pueblos el eco de la propaganda realizada en la capital del arciprestazgo. Ellos formarán otras juntas en los pueblos que serán como las células del gran cuerpo del ejército propagandista de la Buena Prensa.

Por la tarde se celebra la reunión general con toda solemnidad. La sala de mayor capacidad de la población atestada de público. Preside el Obispo rodeado de numerosos sacerdotes y de algunos seglares destacados. En dos de las jornadas ha presidido el Prelado de la diócesis. En las otras tres el Obispo auxiliar.

El ilustre periodista desarrolla con elocuencia, con maestría, reteniendo la atención y arrancando los aplausos del numeroso público el consabido tema: «Actuación de la Prensa católica en la sociedad moderna».

Cierra el acto la palabra pastoral del Obispo recomendando a los fieles que apoyen a la Prensa católica, que abandonen la neutra y que se opongan a la mala.

La multitud ha escuchado con atención y ha aplaudido con entusiasmo.

Resumen de la jornada. El representante del diario católico se ha puesto en contacto directo con el pueblo, ha escuchado sus iniciativas, sus sugerencias, sus quejas. Se han formado los cuadros de propagandistas, se ha organizado un ejército y se ha trazado un plan de campaña. Se ha sembrado abundantemente la buena semilla en las almas.

No se tardará mucho en recoger el fruto de la jornada.

Creemos que han de producir inmejorables resultados estas jornadas de Prensa organizadas por la Casa de la Buena Prensa de París.

MARTIN D'AYMER.

La pesadumbre de un pasado de gloria

—=—

Ni por la naturaleza del suelo, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de cultos, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad, ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma, tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe, o mas bien regocijándose de ella. Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la dominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costumbres, nos lleva a la unidad legislativa; ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares, siembra en las mallas de esa red, colonias y municipios, reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; nos da la unidad de lengua, mezcla la sangre latina con la nuestra, confunde nuestros dioses con los suyos, y pone en los labios de nuestros oradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los exámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime; sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones, sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos

mismos sacrificios, sin juzgarse todos hijos del mismo Padre y regenerados por un Sacramento común, sin ser visible sobre sus cabezas la protección de lo alto, sin sentirla cada día en sus hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo, sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico, que él establece con sus hermanos; y consagra, con óleo de justicia, la potestad que él delega para el bien de la humanidad; y rodea con el cingulo de la fortaleza, al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño; ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Esta unidad se la dió España al Cristianismo.

MARCELINO MENÉNDEZ PELAYO.

El Rosario

Los pobres pecadores nos asimos,
como el náufrago que antes fué corsario,
a este gran salvavidas del rosario,
a este cable del cielo que perdimos.

Lo acarician las manos y sentimos
ya el efluvio de un santo relicario,
ya la eléctrica fuerza del santuario,
ya el recuerdo del pueblo en que nacimos.

El alma reza apenas lo que sabe;
la esperanza en el pecho apenas cabe;
nuestro espíritu estaba como muerto.

Pero el pecho, febril y celirante,
siente el gozo insondable y anhelante
del que ya se ahogaba y toca puerto.

E. SAAVEDRA L.
Pbro.

Los grandes silencios

Que bien se está aquí, en el recinto maravilloso de la Catedral *Toda hermosa*, al irse ya la tarde!... ¡Qué bien, aspirando a pulmón pleno, a alma plena, esa divina atmósfera de paz que irradia de las cándidas pupilas, que parecen mirarnos como desde una nube muy alta, de esas santas de plegados mantos, de esos santos de faz resplandeciente a la luz mustia de los cirios y de las lámparas, de esas vírgenes de vestes azules, violáceas o bermejas, que empuñan las victoriosas palmas, o llevan en sus brazos un *Agnus Dei* de niveos y finísimos vellones, o florecidas varas, lirios y azucenas de santidad; o en una bandeja los bellos, los pobres ojos inmolados por el amor del celestial Esposo!... La tarde moría, y las terrosas sombras se adensaban ya en la girola. Declinaba la luz en las eminentes filigranas, de la gran verja del presbiterio, y en las áureas trompeterías de los dos órganos. La oscuridad, cada vez más grande en el recinto de la *Toda hermosa*, bajaría pronto, cautelosa, sobre esas vírgenes de los altares, de las hornacinas, de las pilastras, de los vitrales polícromos, ¡flor de ensueño! No quisiérais que se ocultaran nunca esas imágenes, esas vírgenes, que disputasteis y discernisteis desde la vez primera que se os aparecieron, por excelsos símbolos y figuras de arquetipos, de ideas madres, *mutter ideem*, *grundem ideem*, que diría Goethe; o por nobilísimas y peregrinas epifanías de lo ideal, por representaciones augustas de todo lo más grande y hermoso que quede presentirse y barruntarse desde los confines del planeta. Y afluían a vuestros labios, sin daros cuenta de ello, las tiernas palabras suplicantes de los discípulos de Emaús, cuando caminaban, al concluir el lunes de la Pascua de la Resurrección,

hacia el castillo—*quod erat in spatlo stadlorum sexaginta ab Jerusalem*, dirá San Lucas—, y al Salvador divino, con quien ellos toparan, dirigidas: *Mane nobiscum, quantam advesperascit, et inclinata est jam dies*.

¡Qué paz, qué amabilísima y dulcísima paz a la hora esa en la *Toda hermosa!*... ¡Y qué silencios, entonces, los suyos!... Silencios tan en alto grado sugerentes e inspiratrices, a ningunos otros comparables, a no ser a los de la eternidad. ¡Y qué bien esos altos y anchos y solemnes silencios, para dialogar con vosotros mismos, o con los muertos que allí, en sus sarcófagos de granito, os circuyen! ¡Encantado, bienhechor silencio, en el que estáis oyendo el latido vibrátil de vuestro corazón, de vuestras sienas; y cual el hervor del propio pensamiento, y el ruidillo, apenas perceptible, de la aspiración vuestra! ¡Silencios que quisierais que nunca se quebrasen, por siglos de siglos, porque en ellos bien podéis consagraros a despediros del resplandor azul de lo que fué, haciendo de bíblica mujer de Loth; y a demandar y requerir para los días que advengan—si el Señor es servido en concedéroslos—modestas y pobrecicas orientaciones para vuestra vida, y para la vida de *los vuestros*; ¡vuestro pequeño mundo!

Silencio, educador silencio, en nefastas épocas en que nadie tiene, en que nadie quiere tener la virtud de él. Y todos hablan y todos peroran, y todos *discursean* y *conferencian*—¡qué plaga de ambas cosas!—; y todos vociferan, y todos claman, cual tomados de vértigo, y... nadie se entiende. ¿No os dicen más, no os hablan mejor que los verborreicos todos, ad *usum*, que *por ahí* pululan, los silencios éstos catedralicios, «que alivian las tristezas agotadoras, las heridas sangrantes, y en la entraña», que diría Tolstoi? ¿No los deseáis, no los buscáis más que el gárrulo y desenfrenado vocerío de to-

das las huecas nulidades, de todas las medianías estultas, de todos los misérrimos e irredentos charlatanes, a *grifo suelto*, que nada tienen que decirnos ni revelarnos, nada entre dos platos, y que, por eso mismo, y a causa de su inmensa vacuidad, y de la inopía suya de intelecto pretende saberlo todo, y decirlo todo, *urbi et orbi?*... ¿Qué tenéis que decirnos; qué sabréis, qué podréis decirnos, para que así estéis reclamando en vuestras petulantes chácharas, en vuestros vulgarísimos libros, todo ramplonería y mediocridad, nuestra incondicional admiración, y nuestro acatamiento absoluto?... Y si no podéis, si no sabéis ni tenéis nada que decirnos, de consolador, de generoso, de bello, de nuevo...: y si aunque esto nos dijéseis no queríamos oíros, porque vuestro flamante apostolado no va unido indisolublemente con *el ejemplo*—el único apostolado eficaz y fecundo *a estas alturas*—; si esto es así, *¡sufficit!*..., basta ya de juego y de reclamo! Y por Dios vivo os conjuro y os ruego que queráis callar, cual callan los muertos; es decir, los muertos que, como vosotros, *tan vivos*, deben enmudecer hasta el día último. Porque hay muertos y muertos; y los hay que hablan desde los senos de la tumba; y esos muertos, además de hablar *mandan*, y dirigen la porción más escogida del humano linaje, y le dictan normas de conducta.

¡No queremos oíros!... ¿Y para qué?... Porque hay más elocuencia, noble y verdadera elocuencia, en estas imágenes mudas, en estas *vírgenes prudentes*, nimbadas de una luz paradisiaca; en estos Doctores de aborrecada cabellera, de luengas y anilladas barbas, que bajan sus ojos sobre sus libros o sobre sus rollos de pergamino; en esas santas de célicas aureolas, en esos cuatro Evangelistas, siempre callados y pensativos, en esas piedras humildes y olvidadas, que en

todo cuanto *vosotros* podáis decirnos. Recuerden *ellos*--¡los conocemos bien, y lo mismo a *los unos* que a los otros!--, recuerden todos los verborreicos, y *que no dan trigo*, ni mucho menos, lo que escribió Valera en la carta de Currito Albarnoz al Padre Coloma: «Que porque supo callar, y no porque habló y predicó mucho, se conserva incorrupta en Praga la bendita lengua del mártir del siglo confesional San Juan Nepomuceno.» ¡Qué lección para los charlatanes que padecemos!

ADOLFO DE SANDOVAL,
Académico.

La Caja de Caudales

La caja de caudales está allí, pesada, sombría, empotrada a tornillo en la pared... Está allí, a la cabecera del lecho, haciendo juego con el crucifijo pequeño, esfumado en la sombra brutal de la mesa de hierro.

Todas las noches, luego que los criados suben o acostarse y se quitan los finos aldabones dorados de las puertas y reza su corta oración y se queda enteramente sola en su cuarto, la viuda combina las letras de las cerraduras, y con dos minúsculas llaves de acero, que nunca suelta, abre la pesada puertecita de la caja, escudriñando si falta algo.

Primera tabla: 5.000 francos en billetes y en oro para los imprevistos, las enfermedades, la guerra, la revolución...

Segunda tabla: Las obligaciones, las acciones, los recibos de depósitos de títulos, las participaciones de fundadora, los talonarios. Allí hay en aquella tabla, cientos y cientos de miles de francos...

Y todos los meses se aumenta la cantidad, se amontona, se oprime, se

prensa hasta doblar, los anaqueles de hierro...

Tercera tabla: Las joyas, las sortijas, los collares, los broches, los brazaletes, todos los rubíes, todos los zafiros, todos los ópalos, todas las esmeraldas, vlocadas allí por las herencias, por las defunciones de parientes, como el mar gigantesco arroja y arroja sin cesar a la costa los restos sombríos o brillantes de los navíos destrozados.

* * *

La viuda contempla todo eso que es su vida. Es el secreto de sus arrogancias... la independencia de su existencia... la razón de las sonrisas que le acogen por todas partes... el motivo de las manos que se le tienden... de las adulaciones que suben a su paso como un incienso... ¡Oh querida caja, esconde escrupulosamente todo entre tus flancos de acero!... ¿Están completas las pilas? ¡Parece que falta un diamante! ¡No, no! todo en su sitio...

La viuda, con sus manos sarmentosas, empuja suavemente la puerta, y al oír el muelle al cerrarse, besa con sus labios exangües el frío metal, como en otro tiempo las damas besaban el yelmo de hierro de su amado caballero.

Algunos días, sin embargo, al volver de misa, o de confesarse, o de oír un sermón, la viuda se acerca a la caja como si fuera a abrirla. Su vida está depositada en aquella prisión de hierro, pero también la de «otros».

¡Ah! Va a dejar de deslizarse lo que le sobra, va a dejarlo caer sobre las existencias desoladas que la rodean. ¡Va a coger sus piedras frías y brillantes, de reflejos de sangre y cielo azul, de matices de lágrimas y esperanza y a decirles:

¡Quiero que salgáis de aquí, quiero que os convirtáis en pan, quiero que seáis sonrisas en el fondo de los ojos de los desgraciados!... ¡Quiero que vuestros fríos reflejos se calienten y

se transformen en dicha, en misericordia y en amor!

Cuando la viuda piensa así parece transfigurarse; que otra mujer, muy lejana, muy inmaterial, viene a sonreír y amar en sus ojillos maliciosos de vieja...

Pero eso no dura sino algunos segundos... el tiempo de buscar las llaves.

Luego el fantasma del mañana murmura mirando al porvenir:

—¡No!... ¡Quién sabe lo que le puede ocurrir a una el día de mañana!

Y lo que le ocurrió fué que llegó la muerte.

Yo ví a la viuda partir en su último viaje al país de la eternidad.

Había mandado colocar todos sus diamantes, sus fajos de billetes sobre la colcha, y empezaba a arañar como buscando entre aquel dinero sus veleidades caritativas, las escasas piezas de diez y de cien francos que a veces le había arrancado la miseria.

—¡Y que tenga una que marcharse poseyendo tanto oro!, me decía, haciendo crujir como hojas secas el papel de los billetes entre sus crispados dedos! Y al expirar, se volvió hacia la caja de caudales, donde se quedaba su corazón, su vida, su todo!...

* * *

Al día siguiente, el heredero, M. Goutrand de Z., un hombrecillo enjuto, con el monóculo en un ojo, bigotes engomados, porte enteramente vulgar, hace inventario de la caja con aires ultradesdeñosos.

—¡Ah, hijos míos! ¿Donde habrá una tía semejante? ¡No, no hay otra igual! ¡Mil doscientos! ¡Mil cuatrocientos! Y esta pila... y la otra! ¡Oh borregos de pretendientes! ¡Qué boda! ¡Qué partido!

De pronto el ojo del heredero se dilató detrás de su monóculo...

¡Un papel!... escrito por su tía!... ¡A ver! ¡A ver! ¡Nada de tonterías! ¿Un testamento quizá? Con dedos impa-

cientes desgarró vivamente el sobre y abre el pliego...

Lee, pero de pronto se echa a reír estrepitosamente.

—Mi tía me encarga doscientas Misas, después de su muerte. ¡Doscientas Misas! ¡Canastos! ¿Pero qué se propone con todo ese despliegue de fuerzas? ¿Para qué vaciar todas las pilas de agua bendita? ¡Doscientas Misas, 4.000 francos tirados al agua! ¡Eso es demasiado! ¡Espéralas sentada tía!...

* * *

Quince días después el Cura de una de las primeras parroquias de París recibía de manos de un ayuda de cámara una moneda de cien francos dentro de un sobre, en el que se había escrito a escape con lápiz:

—Se suplica dos o tres Misas por el alma de M. Goutrand de Z.

¿No será para su señora tía?—pregunta el cura, todo asombrado de este rasgo de piedad en el rico callejero, que no pone los pies en la iglesia, sino en bodas o entierros.

El pesado ayuda de cámara, indiferente, y que está muy de prisa, responde con aire distraído:

—¡No, no, es por el señor!

—«Ni una misa después de muerte!»—murmura el sacerdote clavando en tierra los ojos, como recordándola.

—¡¡Pobre mujer!! «¡Cómo venga Dios a los pobres!»

PIERRE L'ERMITE.

La organización en la Acción Católica

La Acción Católica debe tener una organización firme y concienzuda. La multiplicación de grupos y grupitos, capillas y capillitas sin trabazón alguna y sin unidad de acción no puede

ser de utilidad a la misma causa que persiguen.

En efecto, la Acción Católica es apostolado organizado. Más aún, poniendo toda la fuerza que se deriva de su más estricta concepción filosófica, podríamos añadir que la Acción Católica es «esencialmente» apostolado organizado; es decir, que no puede siquiera concebirse sin organización. Es lo que venía a decir Mons. Pizzardo en su célebre discurso de 8 de diciembre de 1930, al afirmar que la organización no sólo tiene importancia en la obra de la Acción Católica, sino que es «el tercer elemento esencial» que la constituye.

Comenzamos a demostrarlo con un ejemplo bien palpable de la historia contemporánea de la Acción Católica: el ejemplo de Francia. En esta última centuria puede decirse que—a pesar de los días dolorosos por los que ha pasado—ha ocupado esta nación un puesto destacadísimo en la organización de todas las obras de apostolado. Su Asociación Católica de la Juventud Francesa ha servido de pauta a casi todas las obras similares, que han venido después. Quizás sólo Italia la precedió en el tiempo, y, a pesar de ello, ha recibido su influjo benéfico.

Todos los problemas de la escuela y de la familia habían hecho florecer innumerables obras de carácter diocesano, interdiocesano y nacional, que válidamente se oponían al avance del laicismo persecutorio empujado por toda la fuerza del Poder.

Y, sin embargo, Francia no tenía propiamente Acción Católica. Le faltaba la nota característica, que diese personalidad a esa serie de elementos dispersos, admirables cada uno de por sí, aptísimos para realizar el pensamiento de Pío XI, pero carentes de una de las cualidades que, sin menoscabar su autonomía, aumentase su eficacia y colocase su acción apostólica dentro de los cuadros del apostolado

no solamente seglar, sino «jerárquico, auxiliar y oficial» de la Iglesia: la organización.

Por eso en 1930 el Cardenal Verdier recibió solemnemente el encargo pontificio de fundar la Acción Católica en Francia. Y en 1931 se pudo presentar ante el Pontífice para rendir cuenta de su mandato, al frente de la primera grandiosa peregrinación, que llevaba a los pies del Padre común de todos los católicos las primicias de una acción jerárquicamente organizada con todas las características, que la hacen «viático providencial, que la Divina Providencia aporta a las Sociedades modernas y a la Iglesia del siglo XX, por mediación del Pontífice Supremo», según reza la frase enérgica del Consiliario General de Italia.

La Acción Católica en Francia es de ayer, aun cuando sus elementos sean antiguos, porque es de ayer su unidad orgánica. Otro tanto pudiéramos decir de Alemania.

La dura palabra del Dr. Strubinger, que en 1931 podía decir que en Alemania la Acción Católica «estaba en mantilla», se refería a la organización de carácter general, ya que cada una de las organizaciones de apostolado, que en Alemania existían, multiplicadas hasta lo infinito, eran antiguas.

En nuestra propaganda de la Acción Católica no puede jamás olvidarse la nota de la organización. Con ella la Acción Católica es algo; sin ella, aunque cada una de sus ramas viviera intensamente, con facilidad se desvirtuaría la obra entera. Es decir, que en la Acción Católica hay algo más que la mera suma de individualidades robustas, hay un elemento que las da carácter: es la organización.

Tal es el pensamiento pontificio. «Es preciso—dice Pío XI—reducir a una unión moral, cada vez más estrecha, a todas las ramas de la Acción Católica, verdadero cuerpo orgánico y, por tanto, compuesto de partes dis-

tintas, que no se confunden, pero que concurren todas a la misma vida, tendiendo cada una a su propio fin, con la mira puesta en la unión de esfuerzos de pensamiento y de acción, sin la cual no son posibles éxitos halagüeños».

En la historia de Pío XI se reservará también un lugar importante a la defensa cerrada que el Papa ha hecho de su derecho incontestable a organizar libremente la Acción Católica. Cuando alguna vez han llegado hasta la cátedra del Papa recelos de carácter político, que pretendían forzar la voluntad de la Iglesia, dando líneas distintas a la organización de la Acción Católica, el Papa ha declarado su naturaleza netamente católica, y en cuanto a la organización ha reclamado «su derecho para organizarla del modo que El estimaba más a propósito para conseguir sus fines sobrenaturales».

La organización de la Acción Católica es sagrada para nosotros. La afirman así la misma naturaleza de las cosas y la voluntad decidida del Pontífice, suprema norma en asociaciones como esta, que reciben de El toda su personalidad.

«Pro Deo»

La primera base de la Sociedad

La organización internacional de Ginebra «Pro Deo» tiene por fin inmediato llamar la atención del mundo entero sobre esta idea, fundamento de toda vida social; y despertar la conciencia colectiva acerca de la labor destructora que los «sin Dios» llevan a cabo en todas las naciones.

La iniciativa responde a un llamamiento pontificio, reiterado en muchas ocasiones y expuesto con fuerza singular en la gran encíclica «Charitate

Christi compulsi» de 1932, cuyas líneas generales conservan hoy la actualidad y la frescura de las cosas eternas.

Describe allí el Pontífice la astuta habilidad de los que, aprovechando el desastre económico y moral que corroe al mundo, se preparan con asombrosa audacia a romper todo freno, a desatar todo vínculo de ley divina, o humana, a recrudecer la lucha más encarnizada contra el mismo Dios, desarrollando el satánico programa de arrancar del corazón de todos, sin exceptuar a los niños, todo sentimiento religioso.

Por eso vemos hoy lo que jamás se ha visto. Desplegadas las banderas satánicas de la guerra abierta e implacable contra Dios en todas las naciones y en todas las partes del mundo.

La organización es formidable. El Papa la describe, como subiendo en fuerza y en intensidad, desde la hoja volante al libro que pretende ser científico y desde el vulgar agitador hasta el docto profesor de Universidad que convierte mañosamente su disciplina en cátedra de ateísmo...

«Al ver tanta actividad puesta al servicio de una causa tan inicua—dice—, nos viene espontáneamente a la mente y a los labios aquel triste lamento de Cristo: «los hijos de este siglo son en sus obras más sagaces que los hijos de la luz».

Queremos confirmar con una observación personal de D'Herbigny esta apreciación pontificia. Los «sin Dios» han cultivado para su obra minorías muy seleccionadas.

Efectivamente, nota D'Herbigny, «Moscou busca un número muy pequeño de agentes, ciegamente sometidos a todas las direcciones del partido, resueltos a toda clase de acción. Por ello, las células reciben constantemente la orden de depurar sus filas. Mas esta pequeñez numérica se halla compensada por intensa actividad: las

cabezas luchan por medio de la pluma, por las palabras, por la propaganda en todas sus formas. Cuanto más se ahonda en éste, más claramente se ven en todas partes sus ramificaciones...»

Esta minoría de dirigentes estudia cuidadosamente el medio en que se ha de realizar la propaganda. En países atrasados se emplea el argumento de la maquinolarría rusa; en otros se lanzan algunas palabras que conservan cierto sabor fetichista: ciencia, higiene, progreso, y, en su nombre, la minoría abre calle para llegar a constituir la gran masa de ateos que necesita.

Guarda sus mejores elementos para la propaganda entre los niños. Para ellos ha tenido también el Papa un recuerdo emocionado en su llamamiento mundial.

Y es que hoy están, como nunca, en peligro. En la Exposición Pedagógica de Leningrado se exhibían las estadísticas siguientes, válidas para la parte principal de la gran ciudad: de cien alumnos, noventa y uno son ateos, seis creyentes y tres indiferentes; noventa y dos no llevan al cuello cruce-sitas, medalla ni otro signo religioso que antes, en la piedad rusa, nunca faltaba; noventa y tres no pisan la iglesia.

Los pequeños ateos son llevados a los sitios más sagrados en donde a cada una de las profanaciones hechas en su presencia, se desafía a Dios para que venga la ofensa que se le hace. La conclusión es siempre un razonamiento que el maestro hace para demostrar que Dios no se venga porque no existe...

Hasta la sagrada memoria de los muertos ha perecido en la incursión de estos nuevos bárbaros en el campo de las tradiciones más venerandas de la humanidad. Los cementerios se han convertido muchas veces en lugar de diversión y de rapiña para los «bez-prisorni».

La barbarie amenaza a hogar al mundo arrebatando las ideas más altas, mientras multiplican su actividad las factorías, que preparan la guerra próxima...

El catolicismo tiene la misión de salvar los restos de la civilización humana estrechando los vínculos de fraternidad entre los hombres, los restos de piedad para con Dios. Los derechos de Dios y de los hombre han de ocupar un plano primero y principal en nuestra propaganda incansable.

G. N.

Chasco ejemplar

Una virtuosa dama, elegante al estilo de los tiempos presentes—el escote muy bajo, las mangas en huelga, etc., etc.—asistía a un festival en un palacio aristocrático.

Examinando una colección de retratos de tamaño natural desvió rápidamente la mirada, como no queriendo fijarse en alguna figura vista de soslayo, y dirigiéndose a su acompañante exclamó:

—¡Lástima que los pintores modernos exageren tanto el desnudo! Mire usted que la figura de mujer de ese cuadro...

Titubeó turbado el acompañante, y al fin repuso:

—No es un cuadro, señora, es un espejo.

Efectivamente, la dama había visto reflejada su imagen en una gran luna.

Lea V.

todas las noches

“El Defensor de Córdoba”

Al pie del Monte Carmelo

—=—
Acoge, ¡oh amada mía!, esta
pobre canción que te ofrezco,
junta con el manto de mi amor
y el entusiasmo de mi fé.

¿Que sería de mi corazón sin
el calor que le presta tu santo
escapulario?

Yo quisiera que tú, ¡Madre amorosa!
Estuvieses conmigo tan unida
Como lo está su nectar a la rosa,
Como el rumor a la cascada hermosa,
Y como el alma con la humana vida.

Yo quisiera que Tú, ¡flor del Carmelo!
En tu celeste efluvio me bañaras,
E inspirándome horror hacia este suelo,
En algo así que recordase al cielo
Con tu presencia el corazón tornarás.

Pues la vida contigo es dulce y bella,
La vida sin tu amor es noche oscura,
Eres, ¡oh Madre!, rutilante estrella
Que va dejando en su celeste huella
Mis torrentes de luz y de hermosura.

Tú das flores al alma, al pecho abrigo,
Conviertes el pesar en alegría
Y el que tu puro amor lleva consigo,
Hasta sus labios, al hablar contigo,
De gozo vibran al decir «María».

Nombre divino que llevar quisiera
Dentro del corazón siempre grabado,
Y al terminarse mi mortal carrera,
Que con amor sin fin lo repitiera,
Contemplándote ¡oh Virgen! a mi lado.

Yo quisiera abrazarme en tus amores
Y al despreciar por ti la humana escoria,
Como besan las auras a las flores,
De tu planta besar los resplandores,
Y entre mis labios percibir la Gloria.

Yo quisiera también que en este mundo
Todos los seres con pasión te amaran,
y que sus voces, cual cantar fecundo,
Como un himno de honor, santo y profundo,
Hasta tu excelso trono se elevaran.

Que adorándote a Tí, ¡Virgen gloriosa!,
Todo es amor, sonrisas y consuelo;
Y es tu piedad tan grande y tan hermosa
Que a el alma que te estrecha fervorosa
Sabes, ¡oh, Madre! anticiparle el cielo.

M.^a DE LOS DOLORES GARCÍA GÓMEZ.

Al verdadero amor de mi corazón.

A quien entregué toda mi alma. desde mis
más tiernos años, por la cual juzgo dulcísimo
el padecer y el morir.

A la que su solo nombre se alegran los cie-
los y la tierra, y rujen los abismos.

Tú eres mi guía, Tú mi consuelo, Tú mi
refugio. ¡Bendita seas!

A María, en fin, dedico y consagro todos
mis escritos y cuantos escriba en mi vida.

Testimonios

—=—
Somos víctimas, desde hace más
de un siglo, del anticlericalismo sec-
tario. Nuestra generación ha bebido
esa ponzoña hasta envenenarse, y es
difícil curarla de tal intoxicación. ¿Se
llegará a ello? Esperémoslo. Las ideas
generosas, las ideas no ya de tole-
rancia, sino de justicia, se abrirán ca-
mino.

Lo que más contribuye a favorecer
vuestra causa es el espectáculo que
se nos ofrece. Los enemigos de la
Iglesia han descollado en su obra de
destrucción. Sí; mas si han socavado
la fe, si han alejado de las iglesias a
muchos hombres y mujeres, ¡qué han
creado en desquite? Nada. ¿Adónde
van el hombre y la mujer? Al café, al
«dancing», al lupanar.

Pues bien; yo declaro con todas las
fuerzas de mis pulmones que prefiero
mil veces ver a las masas tomar el ca-
mino de la iglesia para adorar allí a
su Dios, o rezar por ellas y por sus se-
mejantes, a verlas pudrirse en antros
de licencia.

CHASTANET.

(Diputado socialista francés. Discurso pro-
nunciado en Grenoble).

Teatros y Cines

Cines

En Capri nació un amor.—Impera la confusión por falta de motivaciones y no se explican actitudes improcedentes en ciertas situaciones. Por añadidura, el diálogo es un continuo atentado al idioma y se viste con empalagosas expresiones que rebasan el romanticismo.

As de ases.—Otra vez la guerra europea. Lenta y con escenas desagradables de una guerra cruel e inhumana, se desarrolla la cinta entre visiones de combates aéreos. No falta alguna escena inconveniente en lo moral, en la que se tratan con desenfado problemas primordiales para el honor de una joven.

El valor de Charlie Chan.—Como en todas las películas de este género y este actor es el trabajo de Warner Oland, lo más meritorio de la presente producción así como la absoluta limpieza moral. No falta tampoco el interés policiaco que suele predominar en la labor del célebre artista, especializado en el cometido detectivesco.

Maniques neoyorquinos.—Insípida revista sin gracia, asunto ni música siquiera, y sí, en cambio, con suficientes desnudeces.

Déjame soñar.—Viejo asunto de los autores desconocidos. Los mismos incidentes, las escenas de ensayos y cuadros de revista, leve pretexto para exhibir provocativas desnudeces y tímidas escenas dialogadas con exceso intercaladas en los motivos revisteriles para sostener la trama aunque sea con tenue trabazón. Las desnudeces se prodigan tan insistentemente con los trucos desacreditados por viejos en la pantalla.

La familia lo desea.—Las situaciones divertidas se suceden y algunas escenas ridículas están logradas con

tal tino que su misma sobriedad es el mejor adorno. La moral padece en el desenfado con que se recurre al divorcio sin condena ni atenuante.

Facil de amar.—La trama escénica de esa comedia está tan llena de equívocos, exhibe tal género de sugerencias y aún de plasticidades que lo que pudo ser moralmente inofensivo, y así quiere ser en el desenlace, resulta una sarta de inmoralidades e inconveniencias. En el desarrollo se descubre la intimidad de escenas conyugales con un sabor naturalista y sugerente francamente intolerable.

Gedeón trampa y cartón.—Es un «film» agradable bastante original, y desde luego decoroso de asunto, no obstante cierto estoicismo y despreocupación que se concilian con el tono realista e irónico que se propone. En el desarrollo de la acción, salvo algún que otro atrevimiento no grave, se mantiene también dentro de los límites de la corrección y limpieza.

Sorrell e hijo.—La idea inmoral, anticatólica y repulsiva de la eutanasia inspira esta obra. Todo el exceso de sentimentalismo sirve de vehículo y diluyente, nada menos que a la idea de la eutanasia y para que resulte más inmoral aún, esta idea aparece desdoblada en la disposición suicida del padre que pide la muerte y el asesinato del hijo médico, que se le da.

En lo profundo del mar.—Se desenvuelve dentro de las normas morales esta película, aunque la afean algún que otro exceso amoroso de los habituales en el «cine».

Encadenada.—Negación de la fidelidad conyugal de los deberes y aun del amor paterno:—del decoro masculino—de los más elementales principios de una sociedad honesta y equilibrada. No digamos cristiana. La moral externa padece también con desnudos, costumbres y un lujo material excesivos.

El primer amor.—El diálogo absor-

be la acción fría y sin dinamismo alguno, y por añadidura con el consabido y viejo también ataque al idioma, que pica en historia y debiera ser objeto de una seria campaña para depurar las traducciones.

Wellington, el Duque de Hierro.—Intachable en el aspecto moral, comienza la película con el Congreso de Viena (1815) importante jalón en la historia del Derecho internacional y termina con los aciertos políticos del Duque de Ciudad Rodrigo, consecuencia de Waterloo. El interés de la historia se une constantemente a la atención que lo episódico requiere.

Cadenas.—A más de faltar a los más elementales poderes socaban los cimientos de la sociedad con teorías absurdas, impregnadas de filosofía barata y cuyas ideas tendenciosas, si perjudiciales para todos, lo son mucho más para cierto público habitual a determinadas salas de espectáculos. Se resuelven los mes bajos fondos sociales y se presentan las mayores aberraciones con un desenfado reprochable.

La tienda de antigüedades.—Muy bien conservados los caracteres y acertada la interpretación, retiene el tono triste y profundamente dramático de la obra. Digna en el terreno moral no merece reproche alguno.

La herencia.—Se desenvuelve en ambiente de inmoralidad con las consabidas exhibiciones propias de cuevas de café cantante, muy en boga a principios de siglo.

Patricio miró a una estrella.—A pesar del fondo humorístico no se prescinde del tinte sentimental bien sostenido. Sólo hay que consignar en contra la moral alguna escena de leve y breve inconveniencia exhibicionista.

A mí me gusta así.—Se halla impregnada de absoluta inmoralidad que flota insistente en las canciones como en las actitudes, en el diálogo y en las sugerencias, sin prescindir de las co-

rrespondientes exhibiciones coreográficas.

Mademoiselle zazá.—No hay intención inmoral en el asunto, pero hay que contar con la desenvoltura y el desenfado de una falsa actriz francesa, con el ambiente de la revista y con el traje que es ya, por lo visto indispensable en el género.

El club de medía noche.—Es una banda de ladrones de joyas, contra los que actúa Scotland Yard. Una banda ingeniosísima que trabaja siempre burlando a la policía. El «film» es correcto de forma a excepción de algún que otro deshabilé rápido.

El príncipe encantador.—Sería un «film» aceptable si no explotara el ambiente de gran mundo y las escenas playeras de moda. Hay así un constante exhibicionismo de semidesnudos femeninos y no pocos momentos en tono sensual por completo inadmisibles.

No soy ningún ángel.—Pinta todos los aspectos de la fascinación en escenas crudas e íntimas y se ha mostrado incitante y provocadora con una continuidad que es la base de la película.

Un crimen en la noche.—Evidentemente es un «film» policíaco. La obra no carece de lances de dramatismo intenso y humano pero es cruda de asunto y a veces un tanto libre de exposición.

La sombra de la duda.—La duda es sobre todo un crimen. Mejor dicho, sobre una serie de crímenes. No se libra empero del tópico del género. Moralmente el «film» nada extraña en su asunto que sea ofensivo al decoro. Formalmente hay alguna que otra fogaosidad amorosa.

Un amor en España.—No se encuentra exenta de las escenas pasionales y atrevidas sugerencias que parece vincularse al «cinema», manchando incluso las películas más morales en el fondo.

La maldición del Hindú.—Empieza

con la interpretación de una danza—oriental en la lubricidad y el vestuario—bailada por la sacerdotisa de un rito exótico, ante su divinidad. En el resto no hay nada censurable por lo que a la moral respecta.

La novia de la suerte.—No carece de algunas actitudes cuya inconveniencia no disminuye porque ocurran entre legítimo matrimonio, y no falta la alusión de adulterio, si bien sea discreta y pasajera. Aunque desarrollada entre tahures y jugadores resplandece la virtud de la muchacha honrada, que sabe conservar su decoro a buen recaudo pese al ambiente en que vive.

Los desaparecidos.—No hay nada contrario a la moral si no es alguna alusión hecha de pasada, tan inconveniente como cierta momentánea exhibición. El interés policiaco aporta su valor indudable mermada por el extenso diálogo.

Hombres de Arán.—Se trata de una película documental, que presenta la vida en las islas de Arán, inhospitalarias y rocosas, situadas al oeste de Irlanda; donde los hombres luchan heroicamente con los elementos y viven en constante pugna con el mar, de cuyas entrañas arrebatan los elementos necesarios, no solo para el diario sustento, sino cuanto hace falta para la vida del hombre.

La falta de acción no merma el mérito de la interesante cinta, verdadera joya en el aspecto documental a que se ciñe.

Yo no quiero irme a la cama.—Se presentan ligeras de ropa, más frecuentes que acentuadas que hacen pongamos moralmente reparos serios a esta cinta.

Ya sé tu número.—La cinta es sencilla y no carece de interés y emotividad. Está bien urdida y su desarrollo atrae la curiosidad sin agitaciones bruscas de sensacionalidad. Hubiera sido preferible que se evitaran ciertas

escenas picarescas y algún que otro punto casi picante.

Una avería en la línea.—De su afán de sencillez nace su interés dramática. Además aprovecha una escena de terremoto, maravillosa de fotografía, como elemento de sensación en los instantes mismos que culmina su fuerza dramática y emocional. Limpia de fondo lo sería por completo con la ausencia de algún que otro detalle, como la efusión de trato entre enamorados.

Fiesta en Hollywood.—No carece de aislados aciertos caricaturescos, tales como una graciosa imitación de Tarzán y la no menos ocurrente de un paraje de nudistas. Los semidesnudos son constantes al extremo de constituir casi la razón de ser de la película, carente de argumento y sin valor alguno que la justifique.

Rey de Reyes.—La película que recomendamos es en todos los órdenes una de las grandes galas con que se ha enriquecido la cinematografía contemporánea.

Se necesita un protector.—Una comedia gris basada en un tema de ambiente teatral. Este tema es un poco libre. Eso de los protectores de las artistas es siempre sospechoso. Hay que añadir el reproche de los «desahillés» y los números de baile con los semidesnudos acostumbrados.

Hombres de presa.—Todo ello de un gran fondo moral, pero mezclados con ello escenas, sugerencias comunes ya en el «cine», un intento de suicidio, etc. etc. Todo ello la hace poco apta para toda clase de públicos.

Christus.—Muy someramente, pero con propiedad, se plasman los diversos episodios de la vida de Jesucristo, con la emoción y la dulzura de cada momento, subrayados con ilustraciones musicales impregnadas de misticismo y seleccionadas escrupulosamente. Es digno de ser admirado por todos.

Fiesta en Palacio.—Solo en alguna escena aislada pelagra la moral, pero la sugerencia es tan remota que realmente poco puede perjudicar, pues para quien la perciba no es temible el peligro. La música de Strauss es un aliciente más con que la producción se enriquece.

Música y mujeres.—Moralmente resulta inadmisibile esta cinta.

Busco un millanario.—Bordea constantemente terreno escabroso y persiste en la ligereza de vestimenta con una continuación que dura casi lo que la película, a más de insistir igualmente en excesos pasionales de marcado sensualismo.

El tren de las 8 47.—Aunque nada reprochable llega a ocurrir se bordea constantemente lo inconveniente con alusiones de marcado mal gusto.

La hermana negra.—Interesante documental que presenta la vida, costumbres tradicionales del pueblo zulú con los sentimientos primitivos de estos negros del Africa del Sur. El pueblo zulú se refleja con mano maestra en la pantalla y la doctrina es digna de encomio. Claro que los vestidos resultan lo sintético que corresponde a una civilización primitiva.

La ronda de media noche.—Film de técnica antigua, cuyo argumento se diluye en una serie de episodios admirados ya en infinitas producciones similares. A pesar de lo gastado del asunto no carece de momentos de interés.

Bajo tu amparo.—No se trata de una producción que por el desarrollo del asunto pueda parecer ñoña ni aún a los espíritus más exigentes, sino de un «film» con un asunto real de palpitante humanidad y en el que la emoción y el interés se adueñan por completo del espectador.

Dedé.—El «film» está realizado con interiores, posee varios baches monótonos que en vano se quiere rellenar con unos cuantos números de revista

carente de toda novedad y censurables por sus exhibicionismos.

Vidas rotas.—Se inspira en una novela de Concha Espina, aunque se aparte en cuanto al desarrollo del asunto. La moral, maltrecha como fondo del adulterio; como detalles inconveniencias y ligereza de ropa, aunque no exagerada.

Tres lanceros bengalies.—La exaltación de virtudes varoniles, tales como el patriotismo, el valor, la lealtad, el amor a la patria y el espíritu de sacrificio, todo sencillamente y con naturalidad de buen gusto, dan valor de enseñanza a la película de la que se ha eliminado sabiamente todo pasaje escabroso.

El refugio.—El «film» es plenamente moral de contenido y casi totalmente de desarrollo. Hay solo la clásica efusión amorosa de enamorados, pero más espontánea, menos rebuscada y más limpia que otras veces.

Fueros humanos.—Francamente inmoral en el fondo y en la forma. Se presenta la vida irregular de vagabundos que conviven en el vicio y sin incidentes que presten a la cinta animación y variedad.

E. ABRIL.

Año Mariano

Cómo nos sugestiona la felicidad y gloria de quien pudo llamarse y fué padre de la Santísima Virgen! ¿Cabe en la tierra gloria mayor? Y aun en el cielo serán inconfundibles los destellos de la bienaventuranza singular del gloriosísimo e incomparable San Joaquín.

De él asegura la Iglesia que le fué dada la bendición de todas las gentes y que el Señor confirmó su testamento sobre la cabeza de este varón glorioso. Su nombre significa preparación, porque en él—dice San Epifanio

—fué apercibido el templo del Señor, la Virgen María. Cuanto de sublime y excelso se predique de él todo resultará pálido bosquejo en atención a la inefable grandeza de haber engendrado a la Inmaculada Virgen que trajo la salud a todo el mundo.

Padre de María, venturoso abuelo de Jesús, fué el más acabado ejemplar, juntamente con Santa Ana, de esclavos de la Santísima Virgen, a la que consideraba, no sólo como hija, sino como Señora, de cuyas grandezas le venían a él todas las bendiciones del cielo.

Y pues veíase favorecido del Omnipotente con la singular gracia de haber dado al mundo la verdadera Arca del Testamento, se aplicó él, cuyo corazón era recto y sencillo, a cuidar con reverencial afecto, a amar con devotísimos transportes, a servir con inefables rendimientos a su hija, que vino al mundo proclamada Reina por Dios en los cielos y Señora de los dominios del Omnipotente.

Los que hemos recibido del cielo la singular merced de la devoción a la Santísima Virgen tenemos mucho que aprender de nuestro santo Abuelo que es, entre los servidores de María, acabado ejemplar y consumado maestro.

¡Cómo amó San Joaquín a la Santísima Virgen! ¡Cómo la consagró hasta la más débil respiración de él, de suerte que para el Santo Patriarca era su Hija el objeto de todos sus amores y de todos los obsequios, por medio de la cual sentíase el más cercano, íntimamente unido a Dios.

Sobre todo ¡cómo con su Hija, por Ella, en María por su Señora y para su Reina ofreció a Dios la vida del alma de él, su corazón y su voluntad al consagrar en el Templo para el divino servicio a quien, por ser su hija y ser María, lo era *todo* para él!

Supuesto que un abuelo inspira siempre tanta confianza, acudamos al

que lo es nuestro y santísimo, para que nos enseñe a amar y servir a María, a sacrificarlo *todo* por Dios y por María. Y recibiremos como él las bendiciones del cielo.

EL PEREGRINO DE MARÍA.

Lauda Jerusalem Dominum

— — —
 ¿Con qué palabras podré expresar lo que ha sido Lourdes, lo que ha sido el tríduo que ha clausurado el Jubileo de la Redención que hace dos años ha constituido una fuente abierta para inundar de gracias a la cristiandad?

La lengua humana, la fraseología de la tierra no tiene poder suficiente para trasladar al papel lo que tan hondamente hizo vibrar el corazón, lo que arrasó en lágrimas los ojos, lo que llenó el alma de consuelo inefable. Grande, grandioso fué Roma el año pasado cuando se clausuró el Año Santo en la Ciudad Eterna, pero no menos grandioso, no menos apoteósico ha sido el espectáculo presenciado en la Gruta de Massabielle, allá a orillas del Gave que con el rumor de sus aguas y el fragor de sus cascadas parecía unirse a la explosión de fé, de religiosidad, de amor a Jesús y de entusiasmo por María, que durante esos días ha sido la vida de Lourdes.

Hasta la naturaleza se ha asociado a tan maravillosa escena. Un cielo azul, destellos y rayos del sol templados por suave brisa ha sido el decorado de Lourdes esos días.

¿Quién dijo en Francia que se habían apagado las luces del Cielo? ¡A millares han brillado estos días esas antorchas de la fe, de la piedad, con un esplendor que supera, con la diferencia de lo terreno a lo espiritual!

¡La Iglesia vive! ¡Morirán los actuales perseguidores que se llamaron en Rusia Lenine, en Méjico Calles, en España Azaña... y la Iglesia vivirá

siempre hasta la consumación de los siglos!

La prensa ha dado esos días noticias detalladas de los actos celebrados en Lourdes. No voy pues a detallarlos de nuevo. Pero quiero señalar las tres etapas, las tres notas, culminantes dentro de esa nota, la más culminante de todas, que ha sido la celebración no interrumpida de la Santa Misa en la Gruta.

Las tres notas han sido: el día de los niños, la procesión de los niños, la de las jóvenes y señoras, la de los hombres. Un desfile hermoso, magnífico que hacía llorar. Los niños, la esperanza risueña de un mañana en que serán hombres y mujeres estos niños y niñas, tantos de ellos llevando su túnica blanca de cruzados y en el pecho la cruz roja los chicos, azul las niñas, cruz que ornó el pecho de aquellos guerreros que rescataron el Santo Sepulcro del poder los musulmanes. Llevaban con ellos otros cruzados, pequeños pero de gesto varonil, piadoso, de mirada pura como la mirada de los que han puesto sus ojos en Jesús, la ofrenda simbólica de las espigas, de las uvas... el emblema de la Eucaristía y cantaban con entusiasmo, con amor. Desfilaron por naciones, por provincias los franceses acudidos en gran número. España también estuvo representada pero... eran pocos para lo que ya debía de haber en nuestra patria.

El día femenino. Un desfile de juventudes, con trajes y velos blancos, imagen de la pureza... y demostración de que quieren estas jóvenes conservar esa corona sobre sus frentes... ¡Qué consuelo daba verlas pasar, sonrientes, vibrantes de entusiasmo, deseosa de darse a la causa de Cristo Jesús!

El día de los hombres. No ya esperanza risueña como los niños, ¡realidad consoladora, alentadora, que confortaba el corazón apenado, acongo-

jado por tanta apostasia, impiedad, laicismo. ¡Mentis soberbio, magnífico, a los que quisieran acabar con la fe de los pueblos!

¡Lauda Jerusalem Dominum!

Estas palabras han resonado sin cesar en la explanada inmensa de Lourdes: Alabar al Señor los cielos y la tierra y que las plegarias de estos días hagan caer sobre el mundo lluvia suavísima de paz y de amor, que aparte de los pueblos el fantasma aterrador de nuevas luchas que volvería a ensangrentar los hogares y a cubrir de luto las naciones!

¡Hosanna! ¡Hosanna! ¡Hosanna!
«¡Fili David!»

MARÍA DE ECHARRI.

DE LA ACCIÓN CATÓLICA EN EL MUNDO

Jerusalén, Lourdes, Roma

A bordo del «Providence» hemos celebrado juntamente con los franceses un centenar de españoles el tríduo mariano de Lourdes, elevando desde el azul del mar al azul más puro y limpio del cielo, la misma oración que resonaba vibrante y fervorosa en la tierra del milagro. En la gloriosa evocación de la inefable gesta divina—gracia y amor—por felicísimo y oportuno designio pontificio, en la inauguración y clausura del ciclo santo de la Redención, se han fundido una vez más las tres ciudades que son como el núcleo y el eje del mundo sobrenatural en el mundo visible. En torno a los tres lados del inmenso triángulo se extiende y desparrama la redondez del orbe, herencia que el Padre Eterno dió a su Hijo, confín del reinado espiritual sobre el mundo, no solo como Creador, sino también por título de conquista y el nombre de cada una de estas tres ciudades, es como la piedra

sillar en que descansa la construcción cristiana.

Lourdes es el símbolo viviente de la mediación de la Virgen; trono de la Eucaristía lo llamó Pío X; Jerusalén, la ciudad síntesis, la ciudad índice de las armonías y relaciones entre la creación y la redención durante los periodos premesiánico y del Mesías; exponente vivo de la corredención de su inmaculada Madre y Roma, en fin, se presenta otra mediación, hilo de oro que enlaza la tierra con el cielo, a los hombres con Dios por ministerio supremo de su Vicario; forzoso es por tanto promover y fomentar el amor y el conocimiento de estos sagrados lugares, donde en misterioso remanso reunidas las divinas grandezas de allí parten en corriente purificadora.

Anchos y abiertos caminos del espíritu, la historia de la Humanidad escribió sobre ellos las mejores páginas. La huella del pie humano jamás dejó de marcarse en estos senderos. La peregrinación hacia Roma y Jerusalén primero y hacia Lourdes más tarde, casi en nuestros tiempos, ha sido considerada como un medio poderoso y eficaz para acrecentamiento de la fe. ¿No bastará recordar en apoyo y argumento de esta consideración los saludables resultados obtenidos en virtud de las peregrinaciones y romerías durante este jubileo de la Redención ahora clausurado?

En alto grado valiosas estas expediciones cuando el turismo se pospone y cede a los intereses y deberes de la religiosidad, cada una de las tres jornadas ofrece aspectos y matices característicos. La de Jerusalén, que otra vez emprendemos comprende a las otras y en cierto grado las supera.

Tierra Santa, miserable y grande, amada y maldecida, aparécenos en la perspectiva histórica, como cansada del peso de tanta grandeza y servidumbre. Los siglos pasaron por ella entre devastaciones y conquistas, des-

de el asedio y destrucción de Tiro, la ciudad santa que etimológicamente significa paz, desenvuelve su vida entre guerras materiales y morales, dominada por romanos, griegos, árabes, persas, turcos y ahora entre las manos de ingleses protestantes y de judíos sionistas. Como si la palabra profética de Jeremías siguiese resonando sobre sus muros, por todas partes la acompañan el llanto y dolor.

Tierra también por excelencia bendecida en valles y montañas florece el milagro, tierra singularmente amada de Dios en ella nace y muere el verbo divino. Bien puede cantar el que una vez la visitó el salmo clásico. «Si yo te olvidara ¡oh Jerusalén! olvidaría de mi mano derecha. La inteligencia de los Evangelios se perfecciona recorriendo esta tierra en la que surgen edificantes recuerdos a cada paso, en la que cada lugar evoca alguna escena bíblica, en la que cada paisaje eleva el alma hacia Cristo. Lleno el corazón de emociones y la memoria de recuerdos, el peregrino de Jerusalén parece como se acerca más a su Dios y Señor, pues el mayor conocimiento afina y acrecienta el amor.

¡Jerusalén, Roma, Lourdes! El pensamiento y la acción del Cristianismo se concentran tan entrañablemente en estas palabras, que ellas son como el índice y guión de la historia religiosa.

J. POLO BENITO.

El Corpus en Algeciras

¿Quién dijo que Algeciras era cuna de incendiarios y saqueadores de Iglesias?

¿Quién se atrevió a decir que era un pueblo descristianizado?

Si hacía falta una reparación en este pueblo para los ultrajes cometidos (no por hijos de esta ciudad, gente bien nacida) en un funesto y pasado

Mayo que será siempre en la Historia baldón de ignominia de unos ineptos y ególatras gobernantes, esa reparación la dió el pueblo de Algeciras acompañando en su paseo triunfal por las calles del mismo a Su Divina Majestad.

Espectáculo maravilloso. Millares de personas, las calles abarrotadas y cubiertas de flores, los balcones engalanados... Nubes de incienso y lluvia de rosas ofrendan envolviendo el Cuerpo de Cristo y en medio de este emocionante fervor, el recogimiento silencioso de un pueblo que no pudiendo manifestar más elocuentemente su devoción y su respeto lo hace así, calladamente, con ese silencio mudo propio de las almas sencillas que eleva los corazones, alza las súplicas y deja en el alma una estela de paz propia del deber cumplido.

Entusiasmo y alegría antes y después de la Procesión.

Devoción y fervor durante la misma.

Algeciras, pese a todos los detractores que le salieron, masones y maleantes, pretendiendo enseñorearse de ella sin conseguirlo, no ha dejado nunca de ser creyente, pues antes de dejar de serlo hubiera dejado de ser española y Algeciras ha sido y será siempre española.

M. D. R.

El recuerdo de Dios al principio del día

—=—

Si el laicismo nada quiere saber de las relaciones necesarias que unen el alma con su Dios, mucho menos se acuerda de la Madre del mismo Dios y de los Santos. Con todo, no ha obrado así el cristianismo. Mediante la liturgia venera, alaba y acude a Dios, a la Reina de los cielos y a los Santos. Con este reconocimiento práctico de

la debilidad y flaqueza del hombre, y mediante la intervención del auxilio divino, el cristianismo ha elevado al mismo hombre a las más encumbradas cimas de la santidad. Los actos heroicos más admirables nos refiere la historia que han sido realizados precisamente por aquellos que se tenían por incapaces, no de ejecutar buena obra, sino ni de tener un buen pensamiento.

El laicismo, dejando al hombre solo, nos le podrá presentar como muy valeroso y atrevido para la ejecución del mal, para la realización de los más reprobables desórdenes, pero jamás podrá ofrecérsenos como modelo de abnegación propia, de sacrificio propio, único factor de aquellas acciones que son merecedoras del aplauso y reconocimiento de aquéllos que aprecian las cosas en su justo valor y estima.

Los que no conocen lo que es el hombre, su inconstancia, su debilidad y su flaqueza para la práctica de sus deberes; los que con imparcialidad juzgan de lo que dá de sí misma la naturaleza humana, sobre todo en el orden moral, no pueden menos de admirarse de la pequeñez, de la inconsecuencia y poquedad del hombre. Causan verdadera sorpresa los misterios de profundo rebajamiento que nos ofrece la vida de aquellos mismos que ante la opinión del vulgo quieren presentarse como modelos de honorabilidad, de virtud y de grandeza.

Ahora bien, a la naturaleza humana, al hombre, nadie le conoce tan bien como el mismo Dios que le ha creado. El conoce muy bien el barro de que hemos sido formados. Por esto nos dice el mismo Dios hecho hombre para hablarnos, y enseñarnos y salvarnos: «Es necesario orar siempre». Esta es una verdad que jamás podrán borrar todas las civilizaciones y todos los progresos humanos. El hombre siempre tendrá necesidad de Dios. Cuanto más unido esté el hombre con su Dios, tanto será más poderoso. El

nterés de esta unión todo redundará en beneficio del hombre. Dios para nada necesita de nosotros. Esta unión nos la procura, precisamente, la sagrada liturgia. Ella quiere que después de haber invocado el auxilio de la Madre de Dios y de los Santos, volvamos, no una sola vez, sino por tres veces consecutivas, a invocar al Señor, diciéndole: «Oh Dios, venid en mi auxilio. Oh Dios, apresuraos a ayudarme».

La santa Iglesia, como Madre sapientísima y bondadosísima, dando una mirada a la multitud de peligros, a la violencia de las pasiones y a los esfuerzos del mundo para perder a sus hijos, quiere que éstos con una triple invocación dirigida al que es nuestro Padre celestial, le obliguen a que no los deje, a que los socorra, a que los ayude, a que los esfuerce y salve.

El laicismo no conoce estas sublimidades enseñadas y propuestas por la fe cristiana. El laicismo desconoce a Dios y al hombre. El laicismo con estas dos ignorancias, las más funestas, no tiene derecho a presentarse como guía del hombre ni de la sociedad.

Demos una postrera mirada a la plegaria litúrgica mediante la cual la santa Iglesia nos enseña cómo santificaremos el principio de nuestra jornada cotidiana, y veremos que no tan sólo quiere que pidamos el auxilio de Dios sobre nosotros, sino que suplica al Señor que atienda a nuestras obras, a los frutos de las mismas, a nuestras manos y a sus acciones. «Atended, Señor, a vuestros siervos y a vuestras obras, y dirigid los hijos suyos. Y brille sobre nosotros la luz del Señor Dios nuestro. Enderezad en nosotros las obras de nuestras manos y dirigid este mismo trabajo nuestro».

Finalmente termina la hermosísima plegaria inicial del día cristiano, que significa del día que mira no al tiempo, sino a la eternidad, con la siguien-

te bendición, que cae como un rayo para pulverizar el laicismo: «El Señor nos bendiga, nos libre de todo mal, y nos conduzca a la vida eterna. Y las almas de los fieles por la misericordia de Dios descansen en paz».

Así nos enseña la sagrada liturgia la manera de elevarnos a Dios mediante la oración de la mañana. Así se santificaron y se santifican las almas amantes de Dios y deseosas de su eterna felicidad. El laicismo que admira y canta himnos a las maravillas de la creación, no sabe ver en ellas la bondad, la providencia y la sabiduría de un Dios, que como gobierna los mundos luminosos que pregonan su poder infinito, así cuida de las aves del cielo, y tiene contados todos los cabellos de cada uno de los mortales.

ALFONSO M.^a GUBIANAS, O. S. B.

Virtud social

Pocas veces habrá sido tan necesario, como en las circunstancias actuales, repetir por activa y por pasiva este imperativo de la moral. Nos vemos en tiempos de crisis general de valores, que es lo mismo que decir en época de caos y degradación del espíritu. Con las bancarrotas financieras, andan de bracete las quiebras morales. Se menosprecian los sentimientos delicados, se burlan las virtudes domésticas y cívicas y se hace gala, en los negocios de amor, como en los de la moda, de un cinismo zolesco, que provoca náuseas.

La castidad es el cimiento sobre el que descansa la moral de la familia. Es preciso fijar bien este concepto, porque, de ordinario, no se trata de esta virtud en las obras corrientes de los moralistas, sino en cuanto preservadora o estimulante de la perfección del espíritu y de la dignidad de la persona. La familia monogámica que su-

pone el matrimonio indisoluble y reconoce por fin primario la procreación y la educación de nuevos seres, no puede mantenerse, ni prosperar, sino en el ambiente acojedor y luminoso de la continencia. Ello reviste a la castidad de carácter social eminente. Considerándola así, aunque en unión de otras virtudes, pudo decir el gran sociólogo Le Play: «los pueblos que practican el Decálogo, prosperan; los que lo infringen, decaen; los que lo niegan desaparecen».

Si hay en nosotros un instinto poco dúctil al freno de la voluntad, es, sin duda, el que se opone a aquélla. Constituye, con el de la conservación, uno de los resortes más vigorosos de la actividad humana. Las dos tendencias y los dos deberes fundamentales de la humanidad, tendencias y deberes que sirven de base imprescindible a los otros, son, en efecto, los de subsistir y perpetuar. Es que responden a la finalidad inmanente de la creación de las cosas. Si ellos no fuesen tan irresistibles e imperiosos, la obra de Dios en el mundo resultaría frustrada.

Basándose en ese modo de ser, natural y violento, del instinto en cuestión, los adversarios de la castidad han esgrimido y esgrimen contra ella la batería pesada de sus prejuicios y sofismas, declarándola impracticable y antinatural, amén de perniciosa. Las conclusiones son hoy de interés extraordinario, porque el freudismo, propagado como negra peste por la inmensa literatura de vulgarización a ello consagrada, las ha incrustado como dogma científico en la mentalidad de gran parte de los médicos y en la mayoría de las gentes, que forman el montón informe del llamado público.

Desde los tiempos lejanos de los estoicos sabíamos ya, que la castidad es de práctica difícil. La Iglesia católica no piensa en la materia de otro modo, cuando adorna a esa virtud con el título de heroica y mantiene en su ascéti-

ca prescripciones numerosas encaminadas a hacerla practicable. Mendousse, que no es un místico, dice en su obra clásica «L'Áme de L'Adolescent», «que es fácil mantener a los jóvenes en pureza casi absoluta de cuerpo, si se les aísla de excitaciones artificiales». Gimnasia de la voluntad y ambiente propicio, he aquí lo que la práctica de la castidad exige. ¿Que significa en último término la teoría de la sublimación del propio Freud, sino que la castidad es posible y que no es malsana?

B. IBEAS

Transfiguración

—=—

¡Luz de Transfiguración!
radiante sol que ilumina
la faz divina
del Señor.

Era Dios
y por amor se hizo Hombre;
alma, no te asombre
su humilde transformación.

Vino a menos; y el sayal
que vistió de peregrino
escondió el rayo divino
de su faz.

La lumbre bajo el fanal
no se apaga,
y brilla, como una daga,
dentro del frágil cristal.

Pero Dios-Hombre cubrió
sus resplandores con barro
como oculta el tosco tarro
las esencias del Hermón.

El Tabor
a subir alto convida,
cuando la aurora encendida
pregona que sale el sol.

Mirando al cielo Jesús
sube al monte,
y se tiñe el horizonte
de plateado tisú.

Abre los brazos en cruz

y se oye un murmullo leve
mientras sus ropas, de nieve
las clarea nueva luz.

¡Luz de Transfiguración!
cuando se quebraja el tarro
del perfume, el tosco barro
exhala esencias de Hermón.

Con sayal de pecador
quien fué más... a menos vino,
y ocultó el rayo divino
su humilde transformación.

Pero no puede ocultar
el lampadario su lumbre....
y del Tabor en la cumbre
quien vino a menos, fué a más.

Un Tabor en cada altar
los Sacerdotes poseen:
¡felices los que deseen
su corazón transformar!

.....

¡Luz de Transfiguración,
luz del Tabor que en la cumbre
transforma con clara lumbre
al Dios-Hombre en Hombre-Dios!

.....

¡Resplandores del altar
que al Sacerdote que asciende
con fervor, de Dios lo enciende,
y al que es menos, lo hace más!

JAIME CORTÉS SAZATORNIL.

Bibliografía

San Agustín. Por *Giovanni Papini*.
Tercera edición.—Ediciones FAX.
Plaza de Santo Domingo, 13, Apar-
tado 8001, Madrid.—19 × 13 centí-
metros, 368 páginas. Ptas. 5.

Contando con el conocimiento que
tienen nuestros lectores del gran con-
vertido Giovanni Papini, del cual son
notas salientes la humanidad y la since-
ridad, un poco desenfadada, de cuanto
escribe; transcribimos únicamente, al

presentar esta su tercera edición de
San Agustín, la idea que le guió, con
sus mismas palabras. Es la manera de
lograr la mayor exactitud de fondo y
de forma. Dice, pues, así:

«Esta no es, como hoy se dice, una
vida novelesca, esto es, ornada de
fantasías aún verosímiles. He querido
narrar la vida exterior e interior del
gran africano con proba sencillez, ad-
virtiéndome donde los hechos son ciertos
y donde son únicamente probables.
No es esta vida, naturalmente, simple
paráfrasis de las *Confesiones*, las que,
a propósito, no llegan más que a sus
treinta y tres años, ni tampoco es una
exposición completa de su pensamien-
to, pues para tan sólo dar una idea de
su filosofía, o de su teología, o de su
mística, serían necesarios volúmenes
mayores que éste.

Ha querido dar, más bien, la «his-
toria de un alma» y hasta las alusio-
nes a su obra inmensa no son sino en-
sayos, necesarios para mejor iluminar
el espíritu y dar una idea menos po-
bre de su grandeza. No soy teólogo,
y no podía internarme, sin riesgo, en
la floresta «espesa y viva» de su siste-
ma: he escrito como artista y como
cristiano, no como patólogo o esco-
lástico.

«No obstante, creo haya alguna no-
vedad en mi obra, y de ciertas supo-
siciones mías he dado las pruebas en
las notas que van al final del libro, y
que he añadido, no por lujo de pedan-
tería, sino por no parecer irreflexivo.
No he ocultado ni velado culpa alguna
del Agustín joven, como hacen algu-
nos panegiristas de buena voluntad,
pero de escaso tacto, cuando preten-
den reducir casi a nada la pecamino-
sidad de los convertidos y de los san-
tos, sin pesar que, precisamente, en
haber logrado surgir del fango hasta
las estrellas consiste toda su gloria y
se manifiesta la potencia de la Gracia.
Cuanto más espesa fué la basura, tan-
to más grande es la luz en la altura».



Perfecta elaboración de VELAS PARA EL CULTO

según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 4 diciembre 1904.

Fabricadas a base de ceras puras de abejas de Andalucía por la antigua y acreditada

Cerería Pontificia

Andújar (Jaén)

Fundada el año 1840

Marca «**CERA**». Para la Santa Misa y cirio Pascual.—Estas velas contienen un mínimun de 60 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**LITÚRGICA**». Para los demás actos litúrgicos.—Estas velas contienen un mínimun de 30 por 100 de cera pura de abejas.

Marca «**ECONÓMICA**». Para procesiones, funerales, etc., etc.—Estas velas no contienen nada de cera pero tampoco se doblan con el calor.

INCIENSOS LEGÍTIMOS DE ARABIA

A esta Casa, bendecida por la Santa Sede, le han sido concedidas la Cruz «pro Ecclesia et Pontifice» por S. S. León XIII (12 junio 1901) y el título de «Fornitore Pontificio» por los Sumos Pontífices Pío X (5 abril 1907), Benedicto XV (20 junio 1917) y Pío XI; (16 mayo 1922).

Clases garantizadas

Envíos a todas partes

VINOS PUROS DE VID

PARA CONSAGRAR

*elaborados conforme a lo resuelto por la
Congregación del Santo Oficio*

AGUSTÍN SERRANO GONZÁLEZ

(Propietario-Cosechero)

MANZANARES (ESPAÑA)

Esta casa no exporta más vinos que los elaborados con mostos de sus viñas.

Envíos garantidos a todos los países.

Recomendados por varias Autoridades eclesiásticas.



PLUMADAS

Notas de ayer en artículos cortos

POR

DANIEL AGUILERA CAMACHO

Cinco pesetas

Imprenta «El Defensor de Córdoba»



VELAS LITÚRGICAS

PARA EL CULTO — CALIDADES GARANTIZADAS
MARCAS REGISTRADAS

MAXIMA: Para las DOS VELAS de la Santa Misa y Cirio Pascual.
NOTABILI: Para las demás velas del altar.

Fabricadas según interpretación auténtica del Rescripto de la Sagrada Congregación de Ritos, fecha 14 Diciembre 1914.

Economía increíble

usando mis velas especiales con el

«CAPITEL GAUNA» PATENTADO

El Capitel Gauna patentado evita el goteo de las velas, aun en las corrientes de aire más intensas.

Hagan un pequeño pedido de prueba al fabricante

Hijo de Quintín Ruiz de Gauna

VITORIA (ÁLAVA)

ENVIOS A ULTRAMAR

FUNDICIÓN DE BRONCE

y objetos de metal



Pedro Osona Bergillos

C. Arévalo, 3.-Lucena (Córdoba)

ARTÍCULOS DE IGLESIA

Esmerada y artística construcción de todas clases